

midos, Guillermo se alejó de puntillas, como la madre que no quiere distraer el sueño de su criatura.

### III

Un día que había sido excepcionalmente caluroso, caluroso hasta producir insolaciones; en que los viajeros ansiaban ya, no una fuente de agua, sino siquiera una nube que les salvara de aquel sol implacable que brillaba en toda su redondez en el cielo límpidamente azul, la noche les cogió en el cañón de un río que habían tomado como índice de su camino.

Tan pronto como determinaron quedarse en tal sitio Juárez mandó recoger á todos los soldados enfermos de cansancio, de insolación, de hambre y de sed: desgraciados había que quedaron resueltos, impasibles, sin recordar nada de su persona, con la cara al sol, mirando fijamente el despiadado globo de fuego, decididos á no dar un paso más, y á quienes era preciso levantar como si fueran cuerpos difuntos; otros lanzaban chillidos, ensayaban cabriolas, se golpeaban contra los paredones del sendero y luego se quedaban inmóviles, idiotizados, sin hablar palabra, y otros, en fin, buscaban alguna sombra metafísica — la sombra de algún chaparro pelado ó de alguna quiebra del camino — y allí se quedaban con el fusil al lado, respondiendo á todas las preguntas y á todas las

exhortaciones con palabras incoherentes y con la mirada vaga en que solía pasar la lucecilla fatídica de la locura.

Los del Gobierno se aderezaron lechos en el interior de los carruajes; los soldados durmieron en las arenas de aquel río, que á la hora del sol parecían de cristal fundido y en la noche eran de carbón ardiente; los arrieros *jatearon* en una pequeña hondonada, y la obscuridad cayó sobre aquella gente angustiada que, como decía Prieto, llevaba en su ser el dolor como si fuera una espada metida hasta los riñones.

A media noche, cuando todos descansaban rendidos de la fatiga y del sobresalto, oyeron los que estaban dentro de los coches y sintieron los que dormían en la arena el trotar de muchas bestias que corrían en carrera loca y desesperada. Creyeron por de pronto en alguna invasión de bárbaros, pensaron luego en alguno de esos terrores nocturnos que suelen padecer los animales, sujetos á las mismas alucinaciones que los hombres, y al fin vieron venir enloquecidos, asustados, furiosos, á los pobres soldados que dormían río arriba y que gritaban á grandes voces:

— ¡La creciente, la creciente!...

— ¿Qué dicen? preguntó Juárez contemplando á aquellos infelices que apenas se daban á entender con aquellas sus voces de espantados.

— Es la inundación, señor, repuso Balcárcel; nos ha-



llamos en la corriente de un río y debe de venir crecido por alguna tormenta de las montañas.

Los cocheros habían sacado ya los carruajes fuera del cauce, los hombres se habían puesto en salvo y las bestias empezaban á recogerse en medio de aquella obscuridad que por primera vez se alegraba con un hálito de frescura.

Apenas era tiempo: la inundación vino arrolladora, furiosa, tapando primero los montículos blancos que

se distinguían en el centro del río, llenando después los bordes del barranco y rebasando sobre la orilla con chapaleo intermitente y temeroso.

Toda la noche transcurrió en buscar á los perdidos, en dar trazas para continuar la marcha y en comentar los riesgos que cada uno había corrido.

## IV

En el informe montón de cosas y de personas que formaba la comitiva — papeles, muebles, batería de cocina, jaulas de loros, baúles repletos de naderías y mundos llenos de correspondencia de Estado — ministros, generales, escribientes, simpatizadores, agregados, médicos y familias que huían de temor á Vidaurri ó de temor á los indios — entre ese agregado incomprensible se destacaba el coche que ocupaba la familia de Espinosa de los Monteros y en la cual venía el señor don Juan Arias, partidario acérrimo de Juárez y excelente sujeto que, aunque un poquillo raro en sus maneras, profesaba el más acendrado republicanismo.

Un día llegaron los fugitivos á la hacienda del señor Zuluaga, en medio del campo yermo y despoblado, rodeada de árboles y viñedos, que en aquella tristeza daban idea de las venturas del cielo vistas desde la eterna gehena donde el gusano no muere y el fuego no se apaga.

La gente llegó alegre y contenta; los soldados pusieron las armas en pabellones, y en un cuartito que se les destinó — pues la casa estaba cerrada y no quiso Juárez que se incomodara á nadie ni que el administrador se expusiera á que le riñeran — se metieron los señores del Gobierno.

Brambila se reunió con Contreras Elizalde, el Parisiense, y recorrieron juntos la bodega llena de enormes pipas, la huerta, el lagar, los terrenos cercanos y las azoteas de la finca. Contreras era tipo gracioso: rubio, adorado, correcto, fino, siempre de guantes, siempre de punta en blanco como si tuviera que seguir á una griseta en el boulevard de los Italianos, era, sin embargo, la figura del demagogo temible, siempre vomitando injurias contra todo poder constituído, en un español trufado de francés que daba risa por gracioso y por impertinente. Porque, en efecto, de aquel *muscadin* se aguardaban piropos á las mujeres de hombros desnudos, en los salones tapizados de raso; pero ¿quién iba á pensar que caballero tan fino y tan perfecto podía beber, cabe la guillotina, sangre caliente de aristócratas?

Elizalde se encontró á un grupo de soldados y con ellos puso cátedra explicándoles cómo no hay en el mundo cosa superior á los derechos del hombre, hierba betónica que cura las dolencias de este mundo y del otro.

— Sabed, explicaba Contreras, que sobre la sujeción

militar, sobre la disciplina y sobre la subordinación al gobierno á quien se sirve, está la libertad del hombre, dueño y señor del mundo. *Prima* el hombre sobre el patriota; *prima* el hombre sobre el soldado; *prima* el hombre sobre el partidario de este ó aquel credo político, religioso ó económico.

Y se extendió luego en las afirmaciones de un fourrismo seductor por lisonjero é intangible, por vago y aéreo.

Brambila, por su parte, se metió también á diablo predicador y habló de la libertad de amar que debía tener el republicano.

— Si no tenemos libertad de escoger la hembra que nos guste, no hay libertad. Me río de la libertad que consiste en elegir diputados ó gobernadores. No, en la libertad de querer está el toque.

Y los soldados reían sin parar, encontrando aquello muy justo y muy gracioso.

Pero al fin, cuando Arias tomó la palabra y dijo tantas y tan inmensurables herejías como hacía presumir su poco juicio, Contreras y Brambila tuvieron que combatirle rogándole que no desmoralizara á la tropa.

— ¡Mochos, sacristanes, más que mochos!... ¡Hijos de la tiznada! Creen que á mí me imponen leyes y me hacen creer en tonterías. ¡Fuera de aquí, beatos! ¡fuera, santurrones! ¡fuera, braguetas persignadas!... ¡Hipócritas, sinvergüenzas, pícaros, indecentes!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

Y cogiendo una piedra de las que el patio estaba guardado echó á correr tras de Elizalde.

Todavía le oyeron gritar, por insultar á Elizalde, los versos de un chispeante sonetillo que le había dedicado meses antes un saladísimo poeta:

«Yo no soy que un patriota sin mancha  
Que á la Cámara viene siempre en guantes»...

Y á los soldados:

— ¡Vénganse, muchachos, que yo sé dónde está lo bueno!... Aquí tienen vino hasta hartarse... Cuando hay modo, hasta el codo; ya saben.

A poco empezaron á oírse golpes furibundos, gritos, algarabía y desorden.

— ¡Entrénle al vino, muchachos! gritaba Arias furioso.

— ¡Vamos á los aguardientes! decían los soldados sacudiendo las fortísimas puertas de mezquite.

Y las puertas apenas se meneaban, apenas devolvían por cada golpe sonido de herraje apagado y tenue que repercutía en las bóvedas de la sala inmensa.

— ¡Abájo las puertas! gritó uno tendiendo el fusil.

— ¡Abajo las puertas! dijo otro disparando el arma.

— ¡Aquí está una palanca! vociferó un tercero arrastrando con trabajo un morillo que parecía viga de marca.

Y luego, duros y continuados, se oyeron los golpes del madero, que haciendo crujir la puerta consiguió que al

fin saltaran los herrajes y se abriera una hendedura por donde cabía la mano de un hombre.

— ¡Adentro y al centro! ladraron los que hacían punta hiriéndose las manos con los fierros de la vieja y cincelada cerradura.

Y la ola de furiosos, incontenible y audaz como la de la inundación que acababa de ocurrir, entró á la sala que parecía una catedral con sus techos de bóveda, con sus altos muros, con su pavimento enladrillado y con la luz tamizada que entraba por las claraboyas esparcidas aquí y allá, como ojos que espíaran furiosos á las pipas ventrudas, ceñidas con cotillas de hierro y goteando en cántaras de loza morena; á los cascos de barril aglomerados sin discernimiento y á las botellas alineadas en formación, como ejército que marcha al asalto.

Una ola de aire frío, confinado y denso azotó el rostro de los que llegaban; huyeron las ratas, que habían tomado el alboroto de la soldadesca por los ruidos familiares en aquel edificio que les pertenecía por juro de heredad, y penetraron los primeros amotinados, que no tardaron en verse seguidos por cien hombres ó más.

— ¡Aquí está el de las verdes matas! dijo uno del interior abalanzándose sobre una barrica y confundiendo el vino de uva con los aguardientes de maguey que habían sido la materia prima de su destete.

— ¡Ay, negrito de mi alma! exclamó un soldado.

Y abriendo la llave de un barril, pegó la boca tragando satisfecho á grandes sorbos.

— ¡Quítate, sinvergüenza, que ahora me toca! gritó uno de gran cicatriz en el rostro, tirando de los cabellos al que estrechaba la panza del barril como si fuera la cintura de una mujer amada.

Y en el trajín de arrebatarse la espita que arrojaba el vino, éste se derramaba en el suelo, produciendo el rumor de una canal al chorrear contra las losas y el espectáculo de una inmensa arteria que se vaciaba de su rojo contenido.

Viendo que los grifos eran pocos y que los interesados eran muchos, comenzaron éstos á disparar tiros contra los barriles, y á los conductos que se abrían, los ávidos pegaban las bocas sorbiendo con todas sus fuerzas. Dos resultaron heridos de bala por esta manía de abrir bitoques extraordinarios; muchos habían resuelto á cachetes las cuestiones pendientes; varios estaban por el suelo, bañados en sangre y ahogados por el vino, y aquellas cosas unidas á la obscuridad, á los gritos, á las injurias vociferadas en voz alta y al regurgitar de los ebrios, producía un terror que se metía hasta los huesos.

— ¡Miren, miren ahora cosa buena! gritó el pobre Arias asomándose á la puerta de la bodega.

Y les mostró el coche que le había traído, ardiendo en medio del patio é iluminando aquella noche más negra



—Viendo que los grifos eran pocos y que los interesados eran muchos...

que la tinta: la tablazón, el hule, los paños, el cuero, la ropa y las maletas se consumían alzando llamas azulosas, y el loco se entretenía en saltar á su vera, como los chicos saltan las luminarias de San Juan.

Elizalde, Prieto y Brambila fueron los primeros que llegaron, y éste, con gran riesgo de su vida, quitó á dos soldados los fusiles con que se entretenían en hacer fuego contra el loco, que impasible seguía brincando á la luz del carruaje ardiendo.

Juárez quiso ir á sofocar el escándalo, pero sus amigos no le dejaron y fué menester que Negrete le ofreciera que todo concluiría al punto y que se le llamaría en caso de que continuara el alboroto, para decidirle á no salir y poner en orden á la canalla.

El pobre Arias, quizás por la agitación, quizás por una mojadura que cogió esa noche, ó quizás por todo junto, contrajo una pulmonía que le mató. Tres días después expiraba en medio de un gran campo matizado de flores amarillas y le llevaban á enterrar á Mapimí.

## V

De Mapimí salió el Gobierno para las haciendas de la Goma y la Loma y luego para la Noria Pedriseña, donde descansó.

Es ó era la Noria Pedriseña una vieja hacienda de

beneficio, puesta en medio de una serie de lomas que se desarrollan como vejiga del suelo, como ampolla natural que brotara al impulso de las aguas; y todo tan pelado, tan estéril, tan triste, tan solo, que infunde pavor al más valiente.

No hay un corral en que la vacada muja alzando al aire sus finos belfos; no hay una troje que muestre los granos amarillentos por entre el umbral y las hojas á la puerta; no hay una parvada de gallinas que haga la corte á un gallo desdeñoso, ni una carreta alza al aire su mástil que parece una cruz, ni ladra un perro, ni un peón se acerca con la cabeza cargada de hierba olorosa, ni hay, en fin, señales de vida.

Tres lienzos de cerca, unos cuartos con puertas bajas, una noria y la casa de la hacienda; esto es todo.

La comitiva se acomodó con holgura en el patio inmenso. Los jinetes, contaba después Guillermo, desensillaban sus caballos y les dejaban sueltos sacudirse y revolcarse; los sirvientes acarreaban cofres y maletas á los cuartitos; la mayor parte de los viajeros declaraban alcoba la primera desigualdad de la loma que se les presentaba, y con el sombrero por almohada y un pañuelo amarrado á la cabeza se entregaban al sueño, y las soldaderas heroicas, seguidas de sus flacos perros, atravesaban en todas direcciones, con sus sombrerotes, sus chaquetas de lienzo en que embutían los brazos, sus zapatones

despedazados y sus enaguas en que flotaban alegremente los hilachos á cada movimiento rápido y garboso de su belicosa propietaria.

La noche sosegó á los que se movían, y como á las once, Guillermo, que velaba, notó agitación entre los grupos de soldados y corrió con Juárez á avisarle el caso. Don Benito se levantó en seguida y le ordenó á su amigo que investigara la causa de aquel movimiento.

Guillermo encontró á los *Juanes* rascando por el suelo, con afán desusado.

— ¿Qué es eso, muchachos? ¿qué buscan? preguntó el poeta.

— ¡Miren, dijo el soldado, aquí está el güero!

Y todos los del grupo le rodearon.

— ¡Aiga! dijo uno, ¿pues qué, no sabe en el día en que vive?

— ¿Pues qué sucede?

— Que esta noche es la noche del grito. ¿Qué, nada le dice su corazón?

— Cierto, hijo, exclamó Prieto avergonzado de su olvido.

— Noche divina, güero, la noche del *tata Cura*; pero ya lo ve, por más que buscamos y rebuscamos no hallamos ni hebra de ramitas para una mala luminaria.

— Vamos á buscar.

Y los soldados renovaron sus diligencias.